

de Dios, sino tambien enemigo de los hombres; porque el orgullo enjendra luego la envidia, dice San Agustin. ¿Y quién es el envidioso, que no quiere mal para aquel cuyo bien le atormenta? La envidia produce la malicia, de la cual procede el dolo, la adulacion, la detraccion, todo crimen (1). La prueba de ello nos la ofrece el primer crimen cometido en la tierra, el asesinato de Abel por su orgulloso hermano, que, en medio de su irreligion, no pudo sufrir que Dios recibiera con más agrado las ofrendas del piadoso é inocente Abel.

Cuando el hombre, embriagado por el orgullo, dice Lacordaire, tiende en derredor suyo una mirada, ¿creeis que encuentra el puesto que ambiciona? No: él descubre aquí la gerarquía del nacimiento, recuerdo de una gloria que ha sobrevivido á los siglos; allí la gerarquía del talento, que Dios ha sembrado como un sublime capricho, que hace al orgullo magníficos insultos; más allá la gerarquía de la fortuna, adquirida por la habilidad, el trabajo, la economía y la virtud; y en medio de estas grandezas, que le ajan en sus pretensiones, se indigna; y su orgullo irritado, lleva á todas partes la amenaza y el reto. Aborrece á los que le son superiores, desprecia á los inferiores, se esfuerza en sobreponerse á los iguales (2). Tal vez saldrá de sus labios la palabra igualdad. No creais que la aclama porque la quiere, es solo porque aspira á no tener superior en los goces, ni en las riquezas, ni en el poder. Observad, para convenceros, que el

(1) Superbia continuo parit invidiam. ¿Quis vero sit invidus, qui non ei malum velit, cujus bono cruciatur? Ergo et invidia parit consequenter malitiam, unde procedit et dolus, et adulatio, et detractio, et omne opus malum quod pati nolis ab alio. (S. August. ex libro 50 Homiliar., Homil. 20.)

(2) Lacordaire, Conf. 21, primera de 1844.

que pronuncia esa palabra delante ó con relacion á otros que son más que él, lo hace en tono amenazador, con aire insultante y soberano. Si la pronuncia delante de los que son menos que él, es en tono de excitacion y de convite, no para que suban á ponerse á su lado, sino para que derriben al que está más alto, y cuyo puesto ambiciona. Si logra sobreponerse, no os hará esperar mucho tiempo la condenacion de la igualdad. Mahoma la proclamó al principio; cuando vió que el pueblo le seguia y le llamaba el Profeta de Alá, dejó de hacerlo y dijo: «¡Iguales! Tiempo há que Mahoma no los tiene: todos deben obedecerle.» La historia antigua y moderna presenta no pocos ejemplos semejantes á este.

Veamos la conducta que inspira el Catolicismo: es la misma de Jesucristo. La inmolacion del orgullo es el primer acto de la vida cristiana, es el fundamento de nuestra regeneracion. Toda la victoria que el Salvador alcanzó sobre el demonio y el mundo, dice San Leon, se fundó en la humildad, y en la humildad se consumó. Principió sus dias en la persecucion, y en ella terminó; ni le faltó el padecimiento siendo niño, ni padeciendo le faltó la mansedumbre infantil; porque con un solo acto de humillacion, con una sola inclinacion y sacrificio de Su Majestad, admitió el nacer hecho hombre y el poder morir á manos de los hombres (1). Por ello, continúa el mismo Santo Padre, todo el arte de la ciencia cristiana consiste, no en la abundancia de palabras, ni

(1) Tota enim victoria Salyatoris, quæ et diabolum superavit et mundum, humilitate est concepta, humilitate est confecta. Dispositos dies sub persecutione inchoavit, et sub persecutione finivit; nec puero tolerantia passionis, nec passuro defuit mansuetudo puerilis, quia Unigenitus Dei, sub una majestatis suæ inclinatione suscepit, ut et homo vellet nasei, et ab hominibus posset occidi. (S. Leo, Serm. 7 in Epiphan.)

en la astucia de disputas, ni en el apetito de alabanza y humana gloria, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que, desde el seno de María hasta la Cruz, eligió como principio de su fortaleza, y enseñó como esencia de su doctrina nuestro Señor Jesucristo (1). Este anonadamiento incluye un reconocimiento perfecto de la soberanía del único sér que existe por sí mismo, y es el estado natural de toda criatura delante de Dios. La humildad produce en el cristianismo la obediencia. Jesucristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (2); y dijo que no venia á hacer su voluntad, sino la del Padre (3), ni á valerse de su carácter de Hijo de Dios para quebrantar la ley, sino para ser el primero en cumplirla (4). A este modelo se ajusta el Católico, y obedece á las potestades que gobiernan, porque sabe que toda potestad viene de Dios (5); y en su humildad acepta el estado de dependencia en que Dios le ha puesto. Si por su nacimiento es grande, ó por su riqueza ó por su poder, no desdeña acercarse y tender la mano al pobre y al desvalido: sabe que Jesucristo trataba con ellos, y se bajó á lavar los piés á sus discípulos, diciendo: «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (6).» No envidia la riqueza del mundo, ni se desespera en la pobreza: recuerda que Jesucristo dijo: Bien-

(1) Tota christianæ sapientiæ disciplina, non in abundantia verbi, non in astutia disputandi, neque in appetitu laudis et gloriæ, sed in vera et voluntaria humilitate consistit, quam Dominus Jesus Christus ab utero matris usque ad supplicium crucis pro omni fortitudine, et elegit, et docuit. (Id. id.)

(2) Philip. II, 8.

(3) Joann. VI, 38.

(4) Matth. V, 17.

(5) Rom. XIII, I.

(6) Joann. XIII, 15.

aventurado el pobre y el que padece (1). En una palabra, Señores, la humildad hace al hombre imágen de Jesucristo, le hace justo; porque siendo ella misma la justicia, le enseña á dar á cada uno lo que le corresponde, á Dios la adoracion, á los superiores la sumision, y el respeto, á los iguales é inferiores el amor, á sí propio, nada; porque, del mismo modo que Jesucristo, no busca su gloria, sino la de Dios (2); y todo su sér emplea en corresponder á los designios de Dios, en el lugar donde este le ha puesto para su felicidad y la de sus hermanos. El orgullo quiere ser el primero, el único; la humildad se contenta con el último puesto. El orgullo quiere ser rey, la humildad súbdita. El orgullo es un tirano, que quiere mandar y oprimir á todos; la humildad es el amor, que quiere servir y darse á todos. Por ello es la madre de innumerables virtudes, dice Santo Tomás de Villanueva. El que es humilde se somete con gusto á todos; á nadie quiere ofender; las injurias que se le hacen, ó por su mansedumbre no las siente, ó por su paciencia las sufre. Quieto para sí, pacífico para los demás, para todos benigno, para todos agradable, á todos ama, á nadie oprime, á nadie desprecia, á nadie daña, de todos se hace súbdito por amor (3).

¿Cuál de estas doctrinas eleva al hombre á mayor grandeza? Así como no hay sentimiento en el hombre

(1) Matth. V, 3, 10.

(2) Joann. VIII, 50.

(3) Ex hoc enim fonte innumeræ aliæ virtutes scaturiunt.... Qui enim humilis est, libenter omnibus obtemperat, omnes timet offendere: injurias vero, aut per mansuetudinem non sentit, aut per patientiam sustinet; quietus sibi, pacificus omnibus, omnibus mitis, omnibus gratus, omnibus innoxius, amabilis cunctis, nemini gravis: nullum despicit, nullum lædit, omnibus subditus, in neminem protervus. (S. Tom. Vill., Serm. I de S. Martino.)

que no tenga manifestacion en uno de sus actos, así tampoco hay accion que no produzca un efecto propio en el mismo hombre. Ese efecto es conforme á la naturaleza del acto. Si este es vicioso, opuesto al órden y armonía de los séres, el efecto es malo; si el acto es virtuoso, obrado con arreglo á las leyes de cada órden de cosas, el efecto es bueno. El efecto malo es el desórden, la corrupcion, el envilecimiento, la degradacion, el efecto bueno es la grandeza, la perfeccion, la santidad y la gloria. Ahora, pues: el orgullo y las acciones que en él tienen su origen, contradicen á la verdad, á la armonía de los séres criados y á la ordenacion de Dios: su efecto será siempre la injusticia, la maldad, el crimen. El orgullo, dice San Agustin, es la falaz grandeza de los mezquinos; desde que se apodera del espíritu, levantándole le abate; hinchándole le deja vacío; extendiéndole le disipa (1). Vedlo en el primer hombre rebelado contra Dios. Desordenándose á sí mismo, lo desordena todo, y toda criatura le insulta, diciéndole: Hé aquí al hombre que no puso en Dios su ayuda, sino que confió en la abundancia de sus bienes, y quiso prevalecer por su vanidad (2). ¿Quereis verlo mejor? Mirad á Jesucristo en el Pretorio: tomó sobre sí nuestras iniquidades; se cargó con nuestras miserias (3). Por ello se le acusa del crimen de Adan: «Ha querido proclamarse Rey, claman sus enemigos; se hace á sí mismo Hijo de Dios (4).» Aunque en Jesucristo esto no es un crimen,

(1) Superbia fallax infirmorum est magnitudo, quæ ubi mentem possederit erigendo dejicit, inflando evacuat, distendendo dissipat. (S. Aug., ex lib. 50 Homiliar., Hom. 20.)

(2) Psalm. LI, 9.

(3) Isai. LIII, 4.

(4) Luc. XXIII; 3 Joann. XIX, 7.

porque es una verdad, es un derecho, sufre que se le acuse; porque hace las veces del que cometió este crimen. *Ecce homo*: hé ahí al hombre; hé ahí la humanidad culpable; hé ahí al hombre en los efectos de su orgullo. Le ha sido quitada su vestidura, y queda desnudo y afrentado ante el cielo y la tierra. En cambio no encuentra sino un manto raído, vestidura de irrision, que apenas cubre sus llagas y disfraza su desnudez. Quiso una corona, y la buscó en la tierra; y la tierra maldita no le da sino espinas, que le punzan y atormentan, mientras sirven á su vanidad. Quiso un cetro, signo de poder, y su cetro es una caña; y su autoridad, como la caña, quebradiza; y como ella, al romperse, hiere la mano que en la misma se apoya. Quiso tener súbditos, y encontró enemigos que se creen superiores; y le insultan, y le arrancan el cetro para herirle con él, y le escupen á la cara. Se presenta en público, y un clamoreo horrible le rechaza y grita: «Quita, quitadle de nuestra vista; no queremos que reine sobre nosotros; muera y sea crucificado ignominiosamente (1).» *Ecce homo!* Hé aquí al hombre que no puso en Dios su ayuda, y se fió en su vanidad y en sus riquezas. No apartéis la vista de ese cuadro, hombres que, en vuestro orgullo, buscáis la gloria en la carne y en las criaturas. Jesucristo, que se hizo pecado por nosotros (2), nos dice en su coronacion lo que somos, nos dice lo que merecemos y lo que logramos. Recorred tambien la historia de todos los hombres dominados por el orgullo. ¡Cuán despreciables se hacen, cuán odiosos á los demás, cuántas maldiciones se atraen! Y no sin razon, hermanos míos, porque el orgullo es hermano de la bajeza. Ansiando la

(1) Id. id. 15.

(2) II Corinth. V, 21.

elevacion, y para llegar á ella, se vende, se esclaviza, consiéntelo todo; se envilece realmente para adquirir grandeza aparente; mendiga la púrpura para cubrir su desnudez; devora los desprecios, para devolverlos más tarde, trocados en dureza, en despotismo, en brutalidad, en crímenes tal vez. Y despues de todo esto, ¡qué horrible decepcion! El fin que anhela el orgulloso, ese fin á cuyo logro todo lo sacrifica, es inasequible: el orgullo arrastra y precipita á muchos, y es imposible que todos sean lo que quieren, el primero. El Sér Supremo, solo es uno; solo es Dios.

Al contrario, la humildad, y las acciones que la patentizan, están en armonía con el plan divino, cooperan al desenvolvimiento del orden establecido por Dios. Su efecto, pues, será siempre la perfeccion, el heroismo, la gloria. Vedlo en Jesucristo: Porque se humilló, Dios le exaltó, y le dió una gloria sobre toda gloria; y al eco de su nombre se dobla toda rodilla en el cielo, y en la tierra y en los abismos (1). Su humildad fué el principio de su exaltacion: hablo, Señores, considerándole como hombre. Vedlo en los Santos, imitadores de la humildad: Fernando de Castilla, Luis de Francia, Isabel de Portugal é Isabel de Hungría, bajando del trono, y sentándose á la cabecera del pobre para curar sus llagas, ¿no han merecido por ello más bendiciones de los pueblos y más gloria que por sus títulos y conquistas? Celestino III, dejando el supremo Pontificado para encerrarse en un claustro; Francisco de Borja, el favorito de Carlos V, abandonando el poder, y las riquezas, y las delicias de la Córte para vestir la sotaná de la Compañía de Jesus, y consagrarse á las obras de humildad; y mil

(1) Philip. II, 9.

y mil otros como ellos, que en la grandeza fueron humildes, y en la humillacion resignados, ¿á qué sino á la humildad han debido la grandeza? Los hechos de los conquistadores, y los conceptos de los sábios, y los proyectos de los políticos, los sabe una mínima parte del género humano; los saben los que pasan su vida sobre los libros, porque esos nombres y esos hechos están envueltos en el polvo de las bibliotecas. Los hechos de los imitadores de la humildad de Jesucristo los sabe el mundo todo, y el mundo entero los aplaude, porque sabe apreciar y aprecia la grandeza que encierra el sacrificio, y el sacrificio va unido siempre á la humildad (1).

¿Sabeis la causa de este diferente efecto del orgullo y de la humildad? Todas las cosas dependen de Dios; de él reciben la vida, y su accion es necesaria para conservarlas, para engrandecerlas. Quitad del mundo la accion de Dios, y el mundo volverá al caos, á la nada. Esa accion de Dios se manifiesta especialmente y es necesaria en el hombre, imágen y semejanza de su Criador. Solo es grande, solo es bueno, cuando se acerca á Dios. Siempre será mezquino, siempre será víctima del mal, mientras se aleje de Dios y no se alimente de la verdad, del amor, de la vida de Dios. El orgulloso es el que se aparta de Dios; el humilde se acerca á él, á él lo pide todo, á él lo refiere todo. Y Dios dice, que resiste y rechaza á los soberbios, y solo da su gracia á los humildes (2). Dice, que con los sencillos tiene su trato (3); y que es preciso hacerse humildes como niños para entrar en el reino de los cielos (4). Hé aquí por qué exclamó

(1) Humilitas cordis sacrificium est. (S. Aug. Enarrat. in Psalm. 130.)

(2) I Petr. V, 5.

(3) Prov. III, 32.

(4) Matth. XVIII, 3.

Jesucristo: «Te bendigo, Padre, Señor y Rey del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las revelaste á los pequeños (1);» es decir, has apartado tu gracia y has ocultado las maravillas de tu amor á los que se llaman sábios, á los que, llenos de orgullo, todo pretenden saberlo por sí mismos, y á sí solos atribuirlo todo; y las has revelado á los pequeños, las has comunicado á los humildes y sencillos de corazón, que no se apartan de tu ordenación sublime. La grandeza viene de Dios; de él el talento, la riqueza, el poder; de él es cuanto existe. Solo el que se acerque á Dios y á él se someta, y de su mano reciba sus dones para usarlos noblemente, según Dios, solo este será digno de la grandeza, que principia con la virtud en la tierra, y se consuma con la posesión de Dios en la eternidad.

Pero no creáis, Señores, que la doctrina de la humildad tiende á abatirlos, y á cortar el vuelo á las aspiraciones del corazón. Ninguna otra doctrina exalta al hombre como la doctrina católica: ninguna otra le propone una ambición más noble ni un fin más sublime. Ella le habla siempre de su origen y de su fin en el cielo; le ofrece la inmortalidad en la eternidad; le da á Dios por Padre y por hermano, por patria el cielo, la gloria del Infinito, y al Infinito mismo por premio y por herencia. Así es como esta doctrina armoniza la humildad con la más sublime elevación del alma, enseñando que la exaltación y la grandeza no está en la naturaleza, en la gerarquía material ó exterior de los seres, sino en el corazón, en el alma ennoblecida por la gracia y la virtud. La virtud crece más, cuanto más profunda está su raíz; y cuanto más se humilla el hombre, y del fondo de su

(1) Matth. XI, 25.

humildad eleva su corazón hasta Dios, más espacio recorre, dice San Agustín, más grandeza adquiere, mayor es su heroísmo, más encumbrada su virtud, y su santidad, y su gloria (1). Tal es la doctrina fundada en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo, que ha regenerado al mundo, restableciendo en el individuo y en la sociedad la armonía que destruyera el orgullo hermanado con la concupiscencia, sustituyéndola con la humildad enlazada con la caridad fraterna, de que nos ocuparemos en los días siguientes. Veamos ahora la confirmación de todo en la humillación voluntaria de Jesucristo en la Eucaristía, y en los resultados que produce en los que se unen á él por este Sacramento.

SEGUNDA PARTE.

La verdadera felicidad del hombre consiste en la unión con Dios para vivir de su propia vida, obrar según su espíritu y reflejar en sí la grandeza de Dios (2). Lo vimos en el discurso anterior; y vimos también, que el medio más eficaz para elevarse á esa felicidad, es la Comunión Eucarística, que nos hace vivir de Jesucristo, nos comunica la vida de Dios. Mas para que Dios se comunique al hombre, ha de haber en este una disposición indispensable: el orden, la humildad. Lo hemos visto antes, y Jesucristo nos lo enseña en su vida eucarística como en su vida mortal. En una y otra tiene los

(1) S. Aug., Serm. 10 de Verbis Domini.

(2) *Secutio Dei, beatitatis appetitus est; consecutio autem ipsa beatitas.* (Id. de vita beata.)